EL DISCURSO DEL YO en Carlos Barral

José Luis Morante

Más que testimonio personal fidedigno, el diario practica una reconstrucción selectiva, contada por un ego autónomo. El diario transfigura la realidad y emplea recursos que convierten la autobiografía en un género de ficción en el que el pretérito se aproxima y da cuenta de su significado. En las notas conviven contrastes que sirven de intermediarios entre lo vivido y lo imaginario. En su desarrollo, la indagación concilia dos niveles de escritura: el reflexivo y el descriptivo. En el primero predomina el recorrido hacia dentro; en el segundo se focaliza con insistencia el entorno. Esta dicotomía entre realidad interior y exterior constituye el mecanismo propulsor del diálogo con el recuerdo.

Carlos Barral mantuvo una activa predisposición hacia la literatura en primera persona; queda constancia en memorias y diarios, con anotaciones proteicas. La diversidad de contenidos yuxtapone quehacer creativo, existencia social y reflejos de una personalidad que casi nunca busca dónde esconderse. Los asuntos gestan una miscelánea que dibuja una figura clave de la Generación del Cincuenta.

Los cuadernos inéditos contienen apuntes manuscritos y elementos plásticos. Carme Riera los ha descrito con minuciosidad, atendiendo a criterios cronológicos. No insistimos en aspectos formales: sería redundar en un aspecto clarificado en la edición de 1993 de *Los diarios/ 1957-1989*. En cambio, conviene rescatar las conclusiones: estas páginas autobiográficas abarcan treinta y cuatro años, un largo periodo en el que se dan a la imprenta sus libros de creación; el material compilado no está exento de confusiones y extravíos; en la voz enunciativa alienta un yo que encuentra en el diario un amplio espacio de libertad para manifestarse.

La nota de salida se fecha el 6 de febrero de 1957 y la motiva el avance del poemario *Metropolitano*, todavía inédito. Sin embargo, las afueras comienzan a describirse desde un talante crítico que no escatima tintes sombríos. No escribe todos los días. Los saltos temporales son frecuentes y se intercalan largos silencios. Las espaciadas líneas refieren vicisitudes

habituales; hay poca distancia entre lo acontecido y su registro por lo que el tiempo no mediatiza ni potencia la fabulación y los hechos pueden confrontarse con recuerdos ajenos.

Las rupturas temáticas evitan la monotonía y someten al lector a una continua reorganización de entradas para separar vivencias y afanes. Las páginas versionan una subjetividad cambiante que de vez en cuando es incapaz de afrontar la soledad o se ve sobrepasada por la inercia tediosa.

El paisaje humano es denso. En primer plano, la convivencia con Yvonne Hortet y el grupo de amigos con el que comparte ilusión literaria. Se casó con Ivonne en Calafell, en 1954; la casa de San Elías donde se instala el matrimonio proporcionó cobijo a un núcleo conversacional estable y sin restricciones horarias. Aunque la cita habitual fuese los martes, cualquier día era excusa para la charla hasta el amanecer. Cambios de residencia de los asiduos, e incidentes como la detención de Ferrater, influyeron en el cierre de ese ámbito en 1956.

Representaban la sensibilidad poética de aquella periferia con doble tradición lingüística Jaime Gil de Biedma, Jorge Folch, Alfonso Costafreda, Jaime Ferrán, Enrique Badosa, Gabriel Ferrater y José Agustín Goytisolo. Casi todos pertenecían a la burguesía catalana; se habían conocido en las aulas de la universidad, donde coincidieron con otros estudiantes como Antonio Senillosa y Alberto Oliart, quien establecería con Carlos Barral una larga amistad que iría languideciendo con el tiempo De ellos, tres participarían en la operación promocional auspiciada por José María Castellet, denominada "Escuela de Barcelona"; la idea de establecer un frente generacional a través de una antología pertenece a Carlos Barral y había nacido en Collioure, donde se realizó el homenaje a Antonio Machado.

El diario apenas roza la época universitaria de las tertulias en las que Barral conecta con el surrealismo, a partir de su amistad con Juan Eduardo Cirlot, quien le recomienda libros de Paul Eluard, Tristan Tzara y Apollinaire. El surrealismo está presente en *Metropolitano*, aunque se decanta poco a poco por otras estéticas, con especial predilección por la literatura de Rilke, del que versionó *Los sonetos de Orfeo*.

Los vínculos de aquella convivencia marcarán muchos fragmentos. Es sabido que las mayores afinidades electivas de Carlos Barral se comparten con Jaime Gil de Biedma. Con él vivirá prolongadas confidencias, actos colectivos como las Conversaciones poéticas de Formentor, celebradas en mayo de 1959, o la presentación conjunta en el ciclo que José Hierro dirigía

en el Ateneo de Madrid, correcciones de inéditos y conocimiento de la tradición anglosajona –Eliot, Auden- que Jaime Gil de Biedma dominaba. El afecto es mutuo, pero hay que anotar que la estética de Gil de Biedma es más afín a la de Gabriel Ferraté, asesor y lector de la editorial Seix Barral. Desde 1959 a 1965 las reuniones con Jaime Gil de Biedma se realizan en el sótano de la calle Muntaner, donde prosiguen discusiones, lecturas y trato amistoso.

El aprendizaje vital exige una continua exploración interior: los recuerdos de infancia sitúan al personaje en una estructura comunitaria jerarquizada. La clase social demanda patrones de conducta y fija la pertenencia al grupo y la asunción de una ética con la que juzgar; del mismo modo, la pedagogía transmitida al niño moldea una conciencia moral, muy presente en el despertar sexual y en los años de adolescencia. La guerra civil marca las relaciones con el lugar de la infancia, donde habitan familias marineras dedicadas a la pesca de bajura. En ese angosto ámbito se constituye una comunidad pródiga en sensaciones emotivas que regresarán envueltas en una cierta vaguedad mental. Si la contienda fratricida es condición común de la Generación del Medio Siglo, en la abundante bibliografía se hallará un tratamiento divergente. En Barral flota la idea de un periodo de libertad, pese a la habitual sensación de peligro. Aquel estar permisivo se fractura en la inmediata posguerra, cuando se impone una aspereza crepuscular y represiva. La convivencia entre vencedores y vencidos se convierte en un signo de época; el sentido crítico se diluye frente a los dictámenes del orden imperante.

La exploración de recuerdos permite a Carlos Barral sentar las bases de una teoría sobre la niñez, como si ésta fuera un mito colectivo, nunca liberado de lo arbitrario. El carácter imitativo de este periodo de la vida asegura la continuidad social y la inalterable vigencia de postulados. Barral desenmascara la impostura de un escenario idílico y muestra sin jactancia el desasosiego y la angustia de quien aprende a estar solo o está dispuesto a una continua observación del entorno como modo de crecer hacia dentro.

En paralelo discurre la formación del escritor. Es grande la voracidad lectora. El conocimiento de otras lenguas amplía el campo de novedades y el recurso a la traducción supera la constreñida actualidad literaria del momento. Le preocupa la propiedad intelectual de sus textos; lee con ojos críticos y juzga con severidad el plagio o la apropiación de aciertos.

Busca la aprobación de Jaime Gil de Biedma, a quien todos conceden una técnica formada y un riguroso criterio. El peculiar carácter de Jaime Gil de Biedma goza de cierta indulgencia en el grupo; su refinada moral le conduce a formular juicios de valor que cuesta afrontar. Barral acusa el golpe cuando se cuestiona su fidelidad matrimonial, o cuando califica estrofas con displicencia, como si la palabra poética fuera más fruto del cinismo que de la necesidad. Los juicios son dolorosos y requieren un posterior repliegue y una cura de soledad que clarifique las coordenadas del ahora: la responsabilidad personal del escritor, la vida afectiva y la asunción del papel público. En cambio, las opiniones del frente generacional no están libres de malentendidos y suspicacias: las anotaciones sobre Jaime Salinas son corrosivas; Barral cuestiona la viscosidad sentimental y la suficiencia intelectual. Estas opiniones calan en la relación amistosa; en la Escuela de Barcelona ya no se aprecia un propósito común; es más bien una suma de voluntades en las que se perciben fracturas. El grupo se diluye.

Muchos párrafos tienen carácter metaliterario. El nivel inteligible que busca para su poesía postula una literatura reflexiva en la que hallen fermentación dudas y perplejidades. Barral cree que "sólo se puede abordar el trabajo creador a partir de un mínimo de independencia mental, tras un acto de purificación, de radical interrupción de otras combustiones mentales". En 1963 reanuda la escritura de poesía. Comienza una serie poemática a la que pertenece "Prueba de estado". La disponibilidad literaria otorga confianza pero el deambular de quien habita en los diarios requiere una continuidad enunciativa; Carlos Barral quiebra el discurso y los elementos biográficos sugieren una escritura aleatoria. Desde 1966 salta a 1969, año en el que se propone hacer poesía de taller, como si ejercitara una estricta disciplina cuyos resultados pueden regularse. El propósito fracasa.

Los textos recogidos en 1973 son poemas en ciernes o borradores sin versión definitiva. Lo mismo sucede en el arranque de 1980 en el que hallamos una similitud de contenidos con los primeros cuadernos. Vuelven las reflexiones, los planes y la inestabilidad de ánimo ante las dificultades de escritura de *Penúltimos castigos*. Pasan en silencio los días opresivos del final del régimen; no están las veladas nocturnas con el transistor encendido y el ambiente desasosegado de aquellas calles que se asoman al sol directo del amanecer. Barral parece dar la espalda a la precariedad del presente, como si estuviera sometido a una deriva en solitario. Acaso sabe que aislamiento significa más libertad y conocimiento.

El diario en 1981 se convierte en un formato provisional que alterna vocabulario, imágenes, abundante toponimia y esquemas de capítulos para obra narrativa. Sin embargo, es posible conexionar estos apuntes con los libros de poemas que poco a poco van sumando composiciones.

Fue notoria la presencia de Carlos Barral en la política catalana de los años ochenta como senador, en las listas del Partido Socialista. Sorprende el silencio en el juzgar los estertores de la dictadura franquista y el advenimiento de la transición democrática que culmina en el referéndum para aprobar la constitución de 1978. Hay veladas alusiones al dictador y algunas opiniones sobre acontecimientos de la época. Tras su candidatura, que le obliga a participar en mítines, tiene intervenciones relacionadas con un programa político; estas actividades se recogen con minuciosidad.

En 1981 Barral organiza sus jornadas en torno a la redacción de *Llibre de la mar*. Desde el verano de ese año emplea el catalán. Los textos pierden su redacción discursiva y se transforman en inacabables muestrarios de asuntos propios y en guías capitulares que deben integrarse en futuras obras. Ya en 1982, vuelve al castellano, aunque no modifica la naturaleza de una escritura despersonalizada y expositiva que marca enunciados y obligaciones. Además acoge versos o trozos de poemas que plantean significativas versiones. En esta parte del diario se percibe un exceso de estructura frente al análisis del yo y el devenir. La intimidad se esconde tras los densos programas literarios o las correcciones de pruebas; se refugia en las realizaciones plásticas y copan su tiempo las gestiones derivadas de su inclusión en las listas electorales: mítines, conferencias, coloquios que además exigen colaboraciones en prensa. Su elección como senador por Tarragona marca las entradas de 1983. No hay ambigüedad, el intelectual cede sitio al hombre público.

En esta etapa la identidad de la muerte se convierte en una repetida trama argumental. Llega a imaginar el propio entierro, el anecdotario derivado del velatorio o la presencia de amigos como Jaime Gil de Biedma o Ángel González. No se hace una entomología dolorosa sino una crónica objetiva en la que el personaje del yo aparece ajeno y distanciado, con plena conciencia de provisionalidad.

La agenda política prorroga el juego de caracteres. Hasta el 8 de mayo de 1984 casi no aparecen atisbos narrativos. Es una anotación sobre un acto literario en el Instituto de Cooperación Iberoamericana en el que debe presentar al peruano Mario Vargas Llosa. En la nota evoca los prime-

Carlos Barral contemplando el retrato que le hizo Úrculo

ros pasos en común, cuando el hispanoamericano se estrenaba en la narrativa con el manuscrito de *La ciudad y los perros*. Ya entonces, era evidente la incansable vocación literaria.

El discurso lírico está en 1985 y prosigue en 1986, hasta que participa en una nueva cita electoral que le depara un acta de senador en el Parlamento europeo de Estrasburgo. El paréntesis estival permite reiniciar contactos literarios y continuar con la escritura simultánea de varios cuadernos autobiográficos que ocasiona algunos conflictos para una correcta sucesión cronológica.

Aunque intenta guardar equidistancias entre el quehacer laboral parlamentario y la escritura que revisa el pasado reciente, es perceptible un aire de cansancio. Los viajes continuos y la trashumancia que requiere una continua presencia en foros locales paralizan proyectos literarios. Hay un tono de queja en el que hay desacuerdo con la inercia diaria. Casí al finalizar 1988 hace una confesión de impotencia sobre el ritmo de sus trabajos: se suceden los meses sin que concluya un poema, el desorden de asuntos ocasiona la pérdida de originales y una y otra vez vuelve al libro *Cuando las horas veloces*, contagiado de una pereza intelectual e imaginativa que pretende superar con las lecturas de Giacomo Leopardi y de clásicos latinos. Además proyecta el retrato de sujetos imaginarios y de compañeros de viaje; piensa en Antoni Tápies, Joan Miró, Tarradellas, Juan Marsé o José Manuel Caballero Bonald; siempre fiel al dictado de la memoria, planea abordar una reconstrucción de los años de la guerra que sirva de excusa para trazar un fresco de la época. Pero la vida diaria está condicionada por una aguda crisis financiera.

Con algunos dibujos, el diario se cierra el 5 de diciembre de 1989, sin párrafos solemnes, con una anotación casi insulsa y fragmentaria, en la línea de los últimos años, como si ese cauce abierto de la literatura autobiográfica no echara el cierre y pudiera retomarse en el futuro.

El diario demuestra que la identidad revelada no es un misterio a resolver sino un espacio en el que deambula una presencia frágil, siempre asolada por la contingencia.

La caracterización se completa con *Memorias*[1], una compilación de tres entregas autobiográficas que nos depara datos esenciales de una cronología histórica y personal. Cuando aparece el primer tomo, *Años de*

1 Una breve nota del autor, fechada en noviembre de 1981 en Calafell, informa que la cuarta edición restituye el manuscrito original y añade los cambios y mutilaciones que censuró en 1974 el Servicio de Inspección de Libros.

penitencia, la tradición memorialística hispánica es escasa. La sinceridad del volumen con identidades conocidas y las opiniones sin recato del autor intervienen en zonas de sombra de los estamentos culturales. La dictadura concluye con la larga agonía del generalísimo y el momento histórico afronta con desconfianza el porvenir. En 1978, cuando sale a la calle la segunda entrega, *Años sin excusa,* la Transición deambula a buen ritmo, se desmantela la España institucional del Movimiento y los partidos políticos buscan el consenso de una nueva constitución que, finalmente, se legitima, tras el referéndum del 6 de diciembre. El último libro, *Cuando las horas veloces,* ya conoce el olvido del tardofranquismo, la llegada al ejecutivo de un rejuvenecido socialismo y la entrada de España, junto con Portugal, en el Mercado Común Europeo. Estos rasgos históricos enmarcan lo recordado.

Las notas introductorias de Josep Maria Castellet y Alberto Oliart constatan la importancia del grupo en el afianzamiento de la vocación literaria. Los dos prologuistas reflejan una amistad antigua de la que obtendremos una amplia panorámica en capítulos posteriores. Alberto Oliart[2] añade un bosquejo casi pictórico del aspecto físico del personaje, a quien conoció en la Facultad de Derecho de Barcelona, en octubre de 1945: "Alto de estatura, para aquellos años, ancho de espaldas, exageradas éstas por las hombreras de su chaqueta, de facciones angulosas, boca muy recortada, ojos grandes, rasgados, de color cambiante con destellos dorados, el pelo casi rubio, con un mechón que caía terco sobre la frente algo huidiza, el porte rígido... y aquellas manos grandes, con los dedos índice y corazón de la mano derecha prematuramente teñidos de amarillo, que desanudaban despacio, seguras, los cordones de una bolsa de cuero –de guardar anzuelos me diría después- como yo no había visto antes otra igual, para ofrecerme la picadura de tabaco negro y el papel de fumar que guardaba en ella". A la pormenorizada descripción externa añade cualidades como la brillante inteligencia, la habilidad dialéctica para la argumentación y el entusiasmo que los asuntos poéticos despertaban en su ánimo. Habría que añadir el quehacer editorial y su sostenido compromiso ideológico.

Barral acota *Años de penitencia* en la niñez. Desde el inicio se impone una escritura detallista y una observación a conciencia en las que se articula el ritmo de los días en un tránsito sinuoso del que se aportan testimonios casi fotográficos. En ese lapso temporal la memoria del sujeto narrativo

2 "Un personaje singular" en Carlos Barral: *Memorias,* Península, Barcelona, 2001, p. 12

colecciona signos de liberación que le permitan sortear el excesivo proteccionismo de los adultos. La primera datación explícita es la primavera de 1935 y la referencia concreta es el fallecimiento de Tio Luis, circunstancia que trastoca la rutina y la convivencia en la casa que se hace más densa y disciplinada, aunque se deposita en manos de la niñera.

Buena parte de esta autoridad se basa en inculcar al niño un sentimiento de culpa que será una constante generacional. Barral no concede al temprano bagaje lector el determinismo formativo que defienden autores como Jean-Paul Sartre. El fondo de lecturas procede de una bien surtida biblioteca paterna donde encuentra clásicos juveniles como *La isla del tesoro* y *Las minas del rey Salomón*, o los relatos moralizantes del capitán Wilson, títulos corrientes en las bibliotecas familiares de la burguesía catalana. También explora libros ilustrados y antiguos, como los contenidos en la edición de *El Quijote*, en cinco tomos, de 1819.

La formación religiosa tampoco deja huellas memorables en la personalidad, pese a la actitud devota de la madre, a la aspereza de las prácticas colegiales y al ingreso en un parvulario de monjas. Más obsesivo en cambio es el recuerdo de las enfermedades infantiles, fiebres y ronqueras que forman parte de un paisaje inhóspito de largas convalecencias, en las que se puede contraponer la estancia en un mundo rural primitivo y originario y un ambiente urbano agobiante y crítico, sometido a la indiferencia de los adultos.

Especial significado cobra en estos años el litoral y la presencia del mar, de los que tendremos ocasión de ocuparnos de forma más extensa.

En este tramo adquiere relieve una colección de objetos lejanos: un voluminoso tren eléctrico que el niño nunca supo montar es imagen concreta de un producto industrial frío y serializado, contrapuesto a un caballo de barro moldeado por las manos artesanas del escultor, junto a mecedoras enanas o espadas de época. Los objetos son presencias secretas que relacionan con el mundo de un modo maniático y selectivo y permiten descubrir claves incomprensibles.

La niñez deja paso a la pubertad; el parvulario como espacio de convivencia ya es pasado y un nuevo colegio en el que estudiar bachillerato abre sus puertas; las enseñanzas de los maestros republicanos no se convalidan en los nuevos planes de estudio donde los contenidos abordan la formación meticulosa de la realidad política del momento. En el restaurado centro de los jesuitas se cercena cualquier brote de cultura marginal. En los siniestros muros, vuelven la jerarquía y el orden ignaciano. Las obligacio-

nes religiosas dejan hueco a la formación del espíritu nacional. En las calles es frecuente ver a jóvenes falangistas pertrechados de su típica indumentaria, camisa azul y correajes, caminando en actitud chulesca, o alardeando su marcialidad tras alguna bandera.

Aquella atmósfera convivencial se refleja en el domicilio familiar. La temprana desaparición del padre y de Tío Luis otorga a las presencias femeninas de la posguerra roles poderosos. En el domicilio se habla castellano y el catalán es un idioma extraño, empleado para una comunicación restringida.

El mapa afectivo se puebla de topónimos con un significado relevante. Para el escritor es en Calafell[3] donde se localiza el mito de la infancia. La localidad marinera enfatiza el recuerdo del padre y deja una estela de venturosas estampas estacionales en las que habita todavía la figura paterna. Durante los años del conflicto la fachada marinera se deteriora, hay algunos muertos en el padrón municipal y una veintena de exilios, pero a partir de 1939 la localidad renace y la flota pesquera varada en el arenal vuelve al mar. El paisaje y su gente constituyen un sistema cerrado, en perfecto equilibrio, integrado en los orígenes de la intimidad personal y en la memoria verbal que, de este modo, adquiere una función conservadora.

Las nociones básicas de la literatura como disciplina provienen de los interminables cursos en los que había que memorizar desabridos manuales. De los ejercicios obligatorios manaron los primeros poemas en castellano, complementados después con textos en francés, un idioma conocido desde la infancia que serviría de puerta a un legado poético muy didáctico sobre el que volvería con los años.

Sueños y versos emplean como nutrientes los elementos disgregados de la realidad. Las nebulosas experiencias de la pubertad anuncian el despertar del deseo y su inquieto cumplimiento; son años oscuros donde casi siempre la iniciación sexual queda en manos de profesionales de pago que habitarán luego en el imaginario, enriqueciendo los avatares cotidianos con secretas vivencias. Muchos de estos encuentros son detonantes de futuros poemas.

La camaradería adolescente se amplía con los hermanos Bofill; el menor, Eugeni, compañero de aula, tienen un temperamento reservado; más extrovertido, José María, el mayor, será un tertuliano proclive a la

3 Enclavada en la comarca del Baix Penedès, Calafell es una localidad que en el censo de 1930 no llegaba a los dos mil habitantes, dedicados a la agricultura y a la pesca. Su hermosa playa, de casi cuatro kilómetros de longitud, ha facilitado el actual desarrollo turístico.

confidencia. Los hermanos pertenecen a la burguesía tradicional, disponen de una boyante posición económica y prolongarán sus encuentros hasta los días universitarios. Otro nombre propio es Jorge Folch; desde 1945 a 1948, será una importante amistad. Aficionado a los experimentos químicos, era un experto fabulador y un consumado guía de alcantarillas[4]. En aquel muchacho enraizaban manías y un carácter de esteta con una vocación literaria real. Se atribuía una sensibilidad elegíaca que flotaba sobre lo sórdido. Un episodio sentimental cerró la amistosa relación que volvería a aflorar en la universidad, gracias a los buenos oficios de Alberto Oliart.

Los tres formaron un grupo extraño por la disparidad de temperamento pero impulsaron proyectos comunes y tránsitos personales que sólo concluyeron a la muerte de Jorge Folch. Aquella pérdida marcó a Barral; el suceso clausuró una etapa de espontánea inmadurez, rica en avatares pintorescos, enmarcados por una tediosa frustración colectiva.

El tránsito a la universidad delata otros gustos y pasiones como las visitas a las librerías de viejo donde descubre la lírica de Stéphane Mallarmé. El círculo de amistades se renueva al matricularse en la Facultad de Derecho; el bar se convierte en sitio habitual donde fueron gestándose asuntos literarios y foros de debate político. Allí frecuenta a Oliart y a interlocutores como Jaime Ferrán, Costafreda y, a partir del segundo año, a Jaime Gil de Biedma, además de Manuel Sacristán y José María Castellet.

4 Esta fascinación por las aguas subterráneas y la espeleología sería la causa de su temprana muerte, por hidrocución, en el jardín de la casa de Pedralbes. El accidente se produjo, tras sumergirse en una cisterna, desde donde nadaba hacia un pozo cercano.

Más enclaves de animosa charla fueron el Ateneo y otro bar, El Boliche. Este sistema de ocio ilustrado se prolongó un lustro. El encuentro con Yvonne trastoca aquella rutina regular que recibe los primeros encargos profesionales –una traducción de Molière- y se afana en los poemas que agruparía en *Las aguas reiteradas*. Además viaja a Alemania y concluye el servicio militar. Son los ecos postreros de una etapa que parecía no tener responsabilidades definidas y que finaliza sin ningún hito biográfico reseñable. Los contertulios se disgregan en destinos personales que asumen desde una insularidad buscada: Jaime Gil de Biedma marcha a Oxford para perfeccionar idiomas, requisito necesario para la Carrera Diplomática; Alberto Oliart oposita con éxito a la abogacía del Estado; Alfonso Costafreda ingresa en la OMS; Ferrán vive en Madrid…

En la rememoración del pasado, el tomo *Los años sin excusa* abarca otra década. En noviembre de 1950 Carlos Barral llega a la "casa oscura", el despacho de la editorial Seix en la que de momento Joan Petit será actor principal. Se está gestando el editor que poco a poco crearía uno de los catálogos editoriales más sólidos de la época, revolucionando el anquilosado mundo del libro de aquellos días.

Pero el quehacer literario no decae, como refleja el abundante epistolario cursado, las actividades comunes o las colaboraciones en la revista *Laye*. Las reuniones se emplazan en el domicilio de San Elías donde Yvonne y Carlos alientan cada martes una tertulia que frecuentan José Agustín Goytisolo – descubridor de poetas latinoamericanos con los que había intimado en los colegios mayores universitarios de Madrid- Ángel González, Gabriel Ferrater, Manuel Sacristán…junto a ocasionales como el pintor José Martín, Blas de Otero, Juan Eduardo Cirlot, o Santos Torroella. Es la época de redacción de *Metropolitano* y de la detención de Gabriel Ferrater, acusado de ser el autor de un artículo contra el régimen que, a la postre, fue obra de Manuel Sacristán. El método de trabajo de *Metropolitano* es anotado en un diario, donde se desmenuza críticamente el dilatado proceso escritural.

Jaime Salinas es otro de los conspiradores culturales de San Elías. Dominaba tres idiomas, tenía amplia cultura y un temperamento maniqueo; a partir de octubre de 1955 se incorpora a Seix Barral. Sus tenacidades y manías son, con frecuencia, caricaturizadas en el diario en el que suele aparecer como un moralista utilitario; pero su labor en la editorial contribuyó a la modernización de la empresa y al abandono de prácticas familiares escasamente rentables.

En el trasiego de recuerdos las fotografías se superponen: otra vez el ruido belicoso de 1936 y el confuso latido de la calle en el que algunas circunstancias familiares dejan una imborrable estela: muere el padre, Calafell pierde su condición de paraíso y nuevos círculos relacionales, como la escuela Blanquerna, son hitos significativos de la educación sentimental.

El vigésimo aniversario del fallecimiento de Antonio Machado provocó el conocido viaje a Colliure, en febrero de 1959, que supuso un acontecimiento histórico-literario; fusionó el exilio interior y el exterior de la cultura republicana. Allí, como se ha dicho, tomará forma la propuesta de reemplazo del presente literario oficial en una doble vertiente: la narrativa, con el lanzamiento de la estética social-realista y la lírica, con la preparación de una antología selecta a cargo de Castellet. Son propósitos que se cumplirían, casi al pie de la letra, en el tramo biográfico siguiente. Una circunstancia personal, la paternidad de los Barral, origina el abandono de la antigua tertulia de San Elías; las dimensiones del ático dificultan la crianza de Danae, la primogénita, por lo que deben buscar una instalación provisional. Mientras prosiguen los viajes a Madrid y los frecuentes contactos con miembros del partido comunista, que parece detentar el monopolio del antifranquismo, aunque el mismo escritor consideró superficial su compromiso político.

El cambio de domicilio derivó la tertulia hacia el sótano que Jaime Gil de Biedma había adquirido en la calle Muntaner, un cenáculo subterráneo que daba un aire semiclandestino a las reuniones. El repliegue endogámico del grupo es real; se circunscribe a un limitado núcleo que se amplificaba a intervalos en Calafell, cada vez más sometido a un cambio urbanístico y social. El mundo visual de las barcas varadas se convierte en un paisaje del imaginario, sin continuidad con el presente.

Cuando las horas veloces cierra el curso natural del recuerdo. Recupera un periodo cronológico vivido entre 1962 y 1981. El personaje narrativo no ha cambiado. Instalado en la contingencia, vive la infancia de los gemelos Marco y Darío y el prurito de independencia de los tres hijos mayores, se ausenta a Calafell. Además profesionaliza su pertenencia a una élite editorial europea, en la que actúan editores, críticos y asesores, y magnifica la resonancia de Seix Barral, obligado a continuos desplazamientos por un escenario giratorio que pasa por Cuba o México y que obliga a visitar Londres, Roma o París. El accidente de Víctor Seix modificó el equilibrio de la empresa con éxitos indudables como el pautado descubrimiento de

talentos latinoamericanos que se aglutinarían en una discutible etiqueta: asistimos a la amanecida del Boom, protagonizado por Mario Vargas Llosa, José Donoso, Guillermo Cabrera Infante, o Carlos Fuentes.

La actividad editora no pierde perfil político y genera roces diarios con el núcleo conservador del negocio, que busca una imagen de neutralidad, y con los funcionarios del Ministerio de Información y Turismo, ya dirigido por Manuel Fraga. En 1968, el emblemático año de la subversión parisina, la crisis interna de Seix Barral es un hecho. La separación de las dos familias fundadoras ocasiona pleitos, disidencias y una ruptura formal. La memoria preservará este tiempo como un sueño deforme y fragmentado. Carlos Barral es sustituido de sus cargos como patrón de Seix Barral, pero el estado de inseguridad profesional concluye con la teórica fundación de Barral Editores que aglutina a los antiguos colaboradores. La vida cotidiana se modifica poco; Cuba será uno de los primeros destinos de esta nueva etapa. La isla caribeña era sede de escritores contagiados de entusiasmo revolucionario y se prodigan citas culturales en las que los Barral son invitados con frecuencia. Las estancias en México son parte del proyecto de colaboración con Joaquín Díaz Canedo con quien firma futuras ediciones e intercambio de autores. Parece que el prestigio intelectual del editor no ha cambiado. Sí se transforma a ojos vista el tiempo histórico. Es el último tramo del franquismo, definido por imágenes de impacto como el asesinato de Carrero Blanco, la muerte de Alfonso Costafreda –creadora de una mala conciencia y un sentimiento de culpa general- y el extraño suicidio de Gabriel Ferrater. Asimismo, el ámbito familiar sufre complejas variaciones.

Relaciones importantes, que habían configurado un mundo común, se van haciendo casuales. Jaime Gil de Biedma, Juan García Hortelano, o Ángel González son periódicos contertulios ilustrados. Esos años los escritores, gracias en parte al frenesí de los agentes literarios, comienzan a hablar en términos mercantiles: derechos de autor, promociones, éxito, cotización... son sustantivos utilitarios. Incluso la poesía, abandonado el realismo social, pone rumbo a un esteticismo que busca el primer plano en los escaparates. Los sudamericanos imponen temas y lenguaje, mientras Chile sufre el asalto al Palacio de la Moneda y el franquismo tardío acelera una mutación social en la que Barral percibe una mediocridad generalizada y mesocrática y un enfoque cultural endogámico. Esa visión sombría se justifica por un estado físico en declive, con pérdida de vitalidad y frecuentes

miedos y angustias. Se instala en el espejo del escritor un viejo prematuro.

La prolongada agonía del dictador sugiere un último episodio de incertidumbre. El 20 de noviembre de 1975 es el inicio de un lento regreso a la normalidad, pero la escritura de este periodo conecta con un desencanto agravado por una larga convalecencia y una segunda operación quirúrgica. Escritores amigos se dispersan y Barral editores se desfonda aglutinada en una nueva empresa. La novela *Penúltimos castigos* exorciza esta situación.

Entre la linealidad temporal y el fragmentarismo, diarios y memorias demuestran una permanente vocación introspectiva; hacen de la autobiografía un mosaico plural cuyas teselas –entorno familiar, lugares, amigos, educación sentimental, lecturas, vivencias profesionales – inventan una identidad. La palabra en primera persona cierra el sentir y el pensar de un tiempo vivido que se proyecta hacia el ahora con resonancia crepuscular.